

yes, obligó a suspenderla hasta el 25 de dicho mes, a las dos de la tarde.

Desapacible amaneció el día. Un viento huracanado y una lluvia fría y menuda mortificaban el cuerpo y entristecían el ánimo. Pero ya saben mis lectores lo que son las gentes de Madrid cuando se trata de fiestas, y mucho más si son de las de esta índole.

Las calles, invadidas por todas las clases de aquella sociedad. Los balcones y ventanas, luciendo lujosas colgaduras; la alegría y la curiosidad en todos los semblantes.

A la una de la tarde ocuparon un coche de Su Majestad, Quintana, el presidente del Congreso, el alcalde constitucional de Madrid y el director de la Real Academia Española, y se encaminaron, desde la casa del vate, al palacio del Senado, precedidos de los carruajes en que iba distribuida la comisión.

A la una y media se presentó en la tribuna que le estaba destinada el infante don Francisco con su hija doña Josefa, seguida de su esposo, Sr. Güell y Renté.

Un poco más tarde, el Consejo de ministros, de gran uniforme, excepto Madoz, que iba de frac, se presentó en el Salón de sesiones.

En la tribuna pública se veía la orquesta y los artistas del teatro circo, que debían cantar el himno escrito por Ayala y puesto en música por Arrieta.

A las dos y cuarto entraron Sus Majestades.

La Reina vestía traje de seda bordado de verde y adornado con encajes, y un precioso aderezo de brillantes y perlas. El Rey, de capitán general.

La duquesa de Alba, condesa de Puñonrostro, el duque de Bailén, el conde de Altamira, el capitán general de Madrid, los gobernadores civil y militar y numeroso Estado Mayor, acompañaban a los Reyes.

En seguida, y en medio de la mayor curiosidad y veneración, entró el ilustre Quintana, apoyado en los brazos de Martínez de la Rosa, presidente de la Academia Española, y seguido de los generales Infante y Ferraz, presidente de las Cortes el primero y alcalde constitucional de Madrid el segundo, representando al vecindario de esta corte.

Quintana besó las manos a Su Majestad y tomó asiento. Calvo Asensio subió a la tribuna y leyó, con entonación hermosa, un brillante discurso.

Sobre una mesa cercana al solio, se hablaba la corona colocada en la bandeja de plata.

Ambos objetos fueron depositados por Hartzzenbusch en manos del duque de la Victoria, el cual los entregó reverentemente a doña Isabel II, quien ciñó las sienes de su antiguo maestro con el áureo laurel, pronunciando conmovida estas palabras:

“Yo me asocio a este homenaje en nombre de la Patria como Reina, y en nombre de las letras como discípula.”

El insigne autor de *Pelayo*, arrodillado

aún, sacó del bolsillo un papel y leyó un breve discurso de gratitud.

La emoción dominaba tanto al coronado poeta, que difícilmente era su voz percibida por el auditorio.

Un viva a la Reina y otro a Quintana fueron repetidos con entusiasmo delirante por todo aquel concurso.

Su Majestad la Reina llevó el pañuelo a sus ojos para enjugar lágrimas de ternura, que corrían también por el venerable rostro del ilustre anciano.

Inmediatamente se cantó el himno, ejecutando a dúo sus dos únicas estrofas la señora Rivas, otra triple desconocida y los señores Sanz y Marrón.

Acto seguido la Avellaneda leyó desde la tribuna una magnífica oda, que fué muy celebrada; Sus Majestades descendieron del trono, y la Reina, cada vez más conmovida, fué a estrechar la mano de Quintana, conduciéndole al salón del *buffet* y obsequiándole por su propia mano.

A las cuatro terminó la solemne ceremonia, siendo el poeta conducido a su casa en regio carruaje, acompañado por los generales Infante y Ferraz y por Martínez de la Rosa, precedidos de otro coche en el cual iba la corona colocada en la bandeja.

“Este acto no tiene precedente en los fastos de la Historia, como no nos remontemos a épocas lejanas, a los tiempos de Tasso y Petrarca.” Así termina el artículo que *La Epoca* insertó al siguiente día y del que he tomado la mayor parte de estos apuntes, porque aunque yo asistí—vestido, por cierto, de miliciano nacional—, he querido al descubrir tan fausto suceso refrescar mi memoria con la lectura de la Prensa de aquellos días, para no incurrir en errores de bulto.

Debo advertir que a la sazón contaba yo diez años de edad, y que si vestía el traje referido, era porque entonces todos los hijos de los liberales usábamos por gracia el uniforme correspondiente al batallón a que pertenecían nuestros padres o nuestros hermanos mayores.

Las Cortes concedieron, por unanimidad, el crédito suficiente a costear un gran cuadro que representase el acto de la coronación. Abierto el concurso, fué elegido el notable pintor D. Luis López, que cumplió brillantemente su cometido. En su obra se ven retratados, con rara exactitud, los personajes que asistieron a la ceremonia, cuyos nombres consigo en nota aparte (1) copia-

(1) Gertrudis Gómez Avellaneda, Carolina Coronado, Rosa Butler, Teodora Lamadrid, Antonia Díaz y Fernández, Eugenio Tapia, García Gutiérrez, Julián Romea, D. Evaristo San Miguel y señora, Francisco Orgaz, Juan de la Rosa, Núñez de Arce, Cisneros, Ayala, Arrieta, Flamant, Llano y Persi, Villar y Macías, Gasset, Hartzzenbusch, Carlos Rubio, Piquer, Heros, Sagasta, Montesino, Pedrosa, Cerro, Flores, Onís, Larrea, Fernández de los Ríos, Navarrete, Armiño, Mesonero, Prast, Carreras, Madrazo, Audi-